

pareciéndome muy espacioso el paso de los que siguen la vida común, tengo de procurar apresurarme mucho mas.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la excelencia misteriosa de esta pesca, comparada con la otra que hizo san Pedro en su primera vocacion (1), porque aquella fué figura de la pesca de las almas para entrar en la Iglesia, y creer en Cristo nuestro Señor, y recibir su ley, y así no se hizo echando la red á la diestra del navío, sino á todas manos, diestra y siniestra, recogiendo buenos y malos peces, grandes y pequeños, y de ella se hinchieron dos navíos, figura de los dos pueblos hebreo y gentil, debajo de una cabeza Cristo, y su vicario Pedro, y la red en que se cogieron se iba rompiendo, porque en esta vida padece quiebras y cismas la Iglesia y la predicacion de Cristo; pero la pesca de este dia fué la pesca de los predeterminados y escogidos, para entrar en el cielo, y por esto se hace á la diestra del navío y no á la siniestra, porque los escogidos han de estar á la mano derecha del Juez; todos son peces grandes en santidad y pureza de vida, porque en el cielo ninguno es pequeño; la red se trae á la tierra donde está Cristo, que es la tierra de los vivos, y no se rompe, porque no habrá entonces disensiones, ni cismas, ni cosa que les perturbe, pues ya los Ángeles habrán apartado los malos de los buenos (2), como dijo el Señor en la parábola de la red. ¡Oh dichosos los peces que entraren en esta red para ser colocados en la vida eterna! ¡Dichosas las aguas vivas donde se criaron y sustentaron, alcanzando la perfecta salud y vida que Cristo les ganó! Ó santo profeta Ezequiel, ¡cuán bien cumplida está vuestra profecía con tanta muchedumbre de grandes peces que los pescadores de Jesús han pescado en estas aguas que salen del lado derecho del templo celestial (3)! Concédeme, ó dulcísimo Redentor, que viva yo en las aguas vivas de tu gracia, de modo que sea sacado de ellas para la vida eterna. Amen.

3. Finalmente, consideraré como *saltando en tierra los discípulos, vieron unas brasas y un pez sobre ellas, y pan. Dijoles Jesús: Venid y comed, y tomando el pan, repartiólo con ellos, y tambien del pez.* En lo cual resplandece grandemente la afabilidad y liberalidad del Redentor para con sus discípulos, aparejándoles este convite, y convidándolos á comer con pan hecho de su mano milagrosamente, y con peces diferentes de los que ellos habian pescado, para significar, -lo primero, cuán cuidadoso es de dar comida, y refeccion espiritual á los que trabajan por su amor y obediencia, dándoles man-

(1) Luc. v, 7; Aug. quæst. 81 de div.—(2) Matth. XIII, 49.—(3) Ezech. XLVII, 1.

jar de Ángeles y pan celestial que los conforte, echando con este regalo brasas sobre sus corazones, para que todos se enciendan en su amor.—Y lo segundo, para significar que mientras trabajamos nosotros en la tierra, él nos está aparejando un convite regaladísimo en el cielo, donde él mismo nos convidará y servirá á la mesa, dándonos por manjar su divinidad y humanidad. ¡Oh bienaventurados los que comieren este pan en el reino de Dios (1)! ¡Dichosos los que estuvieren con Cristo, sentados á su mesa en el reino de su Padre (2)! ¡Oh si fuese yo uno de estos siete discípulos, lleno de los siete dones del Espíritu Santo, con los cuales dignamente pudiese hallarme en este convite! Recibe, ó buen Jesús, este mi deseo, y fortifícale con tu gracia, para que llegue á cumplirse en tu gloria. Amen.

### MEDITACION XIII.

DE COMO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN ESTA APARICION HIZO Á SAN PEDRO PASTOR UNIVERSAL DE SU IGLESIA, Y LE DIÓ ADMIRABLES DOCUMENTOS DE PERFECCION.

PUNTO PRIMERO.—1. *Acabada la comida, dijo Jesús á Simon Pedro: Simon, hijo de Juan, ¿ámasme mas que estos? Respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Dijole: Apacienta mis corderos. Dijole segunda vez: Simon, hijo de Juan, ¿ámasme? Respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Dijole: Apacienta mis corderos. Dijole tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿ámasme? Entristeciése Pedro, porque tercera vez le preguntó si le amaba, y respondió: Señor, tú sabes todas las cosas, y sabes que te amo. Dijole: Apacienta mis ovejas (3).* Aquí se ha de ponderar, -lo primero, como Cristo nuestro Señor, habiendo prometido á san Pedro las llaves del reino del cielo, en premio de la ilustre confesion que hizo de su divinidad (4); ahora queriéndoselas dar con el primado sobre toda la Iglesia, le examinó en el amor, y le preguntó si le amaba mas que todos, para darnos á entender que los preladados han de ser excelentes en la fe, y eminentes sobre todos en la caridad, y llamóle por su nombre, Simon, que quiere decir obediente, hijo de Juan, que quiere decir gracia, ó hijo de Joná, que quiere decir paloma, significando que con la fe y caridad han de juntar la obediencia con plenitud de gracia y de Espíritu Santo, para hacer perfectamente su oficio.

2. Lo segundo, le examinó tres veces en el amor, para que con

(1) Luc. XIV, 15.—(2) Luc. XXII, 30.—(3) Joan. XXI, 15.—(4) Matth. XVI, 19.



las tres respuestas recompensase las tres negaciones que había hecho; y como éstas nacieron de soberbia y presunción, anteponiéndose á sus condiscípulos, así las tres respuestas del amor fueron acompañadas de humildad, no atreviéndose á decir que amaba mas que los otros, sino solamente que le amaba, y aun en eso mismo estaba temeroso, y no se fiaba de su ciencia, sino remitiólo á la ciencia de Cristo, diciendo: Tú sabes que te amo. Y la tercera vez se entristeció con humildad, temiendo no supiese Cristo algo en contra de lo que él sentía de sí mismo, y así le dijo: Tú, Señor, sabes todas las cosas, y sabes si es verdad lo que digo. De donde sacaré cuán agradable cosa es á Cristo nuestro Señor la humildad, y el no presumir de sí, y cuán seguro es temer siempre de sí mismo, acordándome de lo que dijo san Pablo: *No sé de mí culpa alguna, pero con todo esto no me tengo por justo, porque el que me juzga es Dios* (1), y puede ser que él halle culpa donde yo no la hallo.

3. También le examinó tres veces en el amor, para significar que, quien ha de ser pastor de sus ovejas (2), ha de estar muy arraigado en la caridad y en los tres grados de ella, porque ha de ser perfecto en la vía purgativa de los principiantes, y en la iluminativa de los que aprovechan, y en la unitiva de los que han llegado á la perfección, siendo excelente en la pureza y limpieza de corazón, desnudo de culpas é imperfecciones, y en el ejercicio de las virtudes, y en la unión del amor con las tres divinas Personas, y perfecto en la caridad para con Dios, y para con los prójimos, y para consigo mismo. Ó Amado de mi alma, concédeme que eche hondas raíces en la humildad y caridad, de modo que alcance el fin de tus preceptos, que es amarte *con puro corazón, con buena conciencia y con fe no fingida* (3), perseverando hasta la muerte en la lealtad del verdadero amor.

4. Lo cuarto, ponderaré como Cristo nuestro Señor, habiendo dicho dos veces á Pedro: Apacienta mis corderos; la tercera vez dijo: Apacienta mis ovejas, para significar que le hacía pastor universal de su rebaño, no solamente de los fieles ordinarios, significados por los corderos, sino también de los que son padres espirituales de los otros, figurados por las ovejas, como son los confesores, predicadores, maestros y todos los demás prelados inferiores de la Iglesia, para que toda ella fuese *unum ovile et unus pastor*, un rebaño y un pastor. Mas no dijo: Apacienta tus corderos ó tus ovejas, sino mis corderos y mis ovejas, para que entendiésemos que no era señor del

(1) I Cor. iv, 4. — (2) D. Thom. 2, 2, q. 24, art. 9. — (3) I Tim. i, 5.

ganado, sino vicario suyo, y que había de mirar por los fieles, como por ganado de Cristo, príncipe de los pastores (1), á quien había de dar cuenta de su oficio, como el mismo san Pedro lo entendió y despues lo dejó escrito.—En lo cual resplandece grandemente la caridad del Salvador para con nosotros, pues por señal del amor que le tenemos, en recompensa de los innumerables beneficios que nos hace, pide á san Pedro que apaciente sus ovejas, y que en esto muestre el amor que le tiene en amarlas, y tener cuidado de ellas. Ó Pastor soberano, ¡cuán grande es el amor que tienes á tus ovejas, y cuánto deseas que los pastores, criados tuyos, las amen y apacienten por tu amor! Yo, Señor, deseo mostrar el amor que te tengo en apacentar las ovejas que me has dado dentro de mí mismo, que son mis potencias y sentidos, rigiéndolas segun el orden de tu divina voluntad; y del mismo modo apacentaré las que me dieres fuera de mí, por ser ovejas tuyas, pues basta ser tuyas, para que mire por ellas, mucho mas que si fueran mías.

5. Últimamente, ponderaré como le dijo tres veces (2): Apacienta mis corderos y ovejas, para significar tres suertes de pastos que las ha de dar. Es á saber, apacientalas con el espíritu, orando por ellas, con la lengua enseñándolas, y con la obra dándolas buen ejemplo. Apacientalas con doctrina, con Sacramentos y con ejemplos de buena vida, ayudándolas con todas las obras de misericordia, así espirituales como corporales, apacentando no solo el espíritu, sino á sus tiempos el cuerpo. Todo esto encarga Cristo nuestro Señor á los pastores, amenazando terriblemente por Ezequiel á los que no apacientan á las ovejas, sino á sí mismos, buscando en el oficio su honra é interés, y no el bien de las almas (3).

PUNTO SEGUNDO.—1. Luego añadió el Señor: *De verdad, de verdad te digo, que cuando eras mas mozo tú te ceñías, é ibas donde querías, pero cuando te hagas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y llevará á donde no quieres. Esto dijo, significando la muerte con que había de glorificar á Dios* (4).—Lo primero, se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor, debajo de esta parábola, descubrió á san Pedro la señal cierta del verdadero amor que le tenía, y del buen uso del oficio de pastor que le encargaba, que era morir muerte de cruz, como el mismo Señor había muerto, en confirmacion de lo que dijo: *El buen Pastor da su vida por sus ovejas* (5), y ninguna mayor caridad hay que dar la vida por sus amigos; y así para que

(1) I Petr. v, 4. — (2) D. Bern. serm. 2 de resurrect. — (3) Ezech. xxxiv, 2.

(4) Joan. xxi, 18. — (5) Joan. x, 11.



entendiese Pedro á lo que se ofrecia, cuando dijo que amaba mucho á Cristo, y lo que le ofrecia Cristo, cuando le dijo que apacentase sus ovejas, añade, que moriria en cruz.

2. Lo segundo, se ha de ponderar el espíritu de esta parábola, en la cual Cristo nuestro Señor toca dos modos de trabajos y mortificaciones (1). Unos, que el hombre toma por su eleccion, negando sus apetitos, castigando su carne con penitencias y asperezas, y ofreciéndose á grandes trabajos, en los cuales el hombre se ciñe y aprieta á sí mismo; y aunque contradice á sus inclinaciones, pero va á donde quiere, porque como ninguno le fuerza, toma los trabajos cómo y cuándo quiere, con su voluntad racional; y aun á veces se mezcla algo de voluntad propia, porque el amor propio suele tambien cebarse en las cosas del espíritu. Este modo de mortificaciones es propio de los que son mozos en la virtud, fervorosos y fuertes de complexion, y por él han de comenzar los principiantes.

3. Otros trabajos hay que nos vienen por mano ajena de los hombres que nos persiguen, ó de los demonios que nos tientan y atormentan, ó del mismo Dios que los traza para nuestra mortificacion, como son enfermedades y dolores, infamias, pobreza y falsos testimonios, y otras persecuciones que se padecen por la justicia, como las padecieron los Mártires. En éstas el hombre extiende sus manos, abrazándolas, porque Dios lo quiere; pero otro es el que le ciñe, enclava y crucifica, y lleva á donde él no queria, segun su voluntad natural. Este modo de trabajos es propio de gente anciana y perfecta en la virtud, y le concede nuestro Señor á los que quiere hacer muy perfectos, porque está limpio de toda voluntad propia, y no se halla en él sino la voluntad de Dios, el cual es el que principalmente nos ciñe, *alius te cinget*. Ó dulcísimo Jesús, si tú eres el que de esta manera me ciñes, ordenando ó permitiendo el aprieto de trabajos que padezca, ciñeme como quisieres con tu mano; porque aunque me parezca áspera, no será para mí sino muy blanda, y pues tú te ceñiste abrazando cosas ásperas, y extendiste tus manos en la cruz, á donde te ceñeron con duros clavos, llevándote á donde tu voluntad natural rehusaba, no es mucho que yo, tu siervo, me ciña, y sea ceñido y llevado á donde mi carne y voluntad propia no querrian.

4. Estos dos modos de mortificacion he de abrazar en todo género de cosas.—El primero, buscándole yo, conforme á lo que dice David: Hallé tribulacion y dolor.—El segundo, aceptándole cuando

(1) Aug. in illud Psalm. XLIX, Invoca me in die tribulationis.

viniere, segun lo que él mismo dice: La tribulacion y la angustia me hallaron.—Lo tercero, ponderaré lo que dice el Evangelista; que san Pedro, con este modo de muerte habia de glorificar á Dios, porque Dios es muy glorificado de nosotros, cuando de buena gana padecemos por él. ¡Oh dichoso yo si mereciese extender mis manos como Pedro, y que otro me ciñese, clarificando á Dios en tal modo de mortificacion! ¡oh dichosa mortificacion propia, con la cual se dilata y acrecienta la gloria divina! muera mi alma con la muerte de los justos, y sean mis postrimerías semejantes á las suyas (1), y no muera con muerte de cualquier manera, sino con aquella que mas ha de clarificar á Dios.

PUNTO TERCERO.—1. *Dicho esto, dijo el Señor á Pedro: Sígueme. Volviéndose Pedro, vió al discípulo á quien amaba Jesús, que le seguia, y dijo á Jesús: Señor, ¿qué ha de ser de éste? Respondióle Jesús: Si yo quiero que se esté así hasta que yo vuelva, quid ad te? ¿qué te toca á ti saber esto? Sígueme tú.* Aquí se ha de ponderar:—Lo primero, como Cristo nuestro Señor levantándose de donde estaba sentado, comenzó á caminar, y dijo solo á san Pedro: Sígueme; para con este hecho confirmar lo que le habia dicho, dándole á entender, que le habia de seguir de otro modo diferente que los demás discípulos, no solamente en la vida evangélica y perfecta que todos abrazaron, sino tambien en el oficio de supremo Pastor, y en el modo de morir en cruz como él murió. Ó dulcísimo Maestro, di á mi alma: Sígueme en la muerte de cruz, para que muriendo como tú en la tierra, llegue á reinar contigo en el cielo.

2. *Modo de vocacion para seguir á Cristo.*—Lo segundo, se ha de ponderar como san Juan, sin decirle Cristo nuestro Señor nada, comenzó tambien á seguirle, porque la fuerza del amor que tenia á Cristo le llevaba tras él, y no le consentia apartarse de su compañía y tambien la santa envidia de ver que Pedro le seguia; en lo cual se nos representa un modo de vocacion ó llamamiento para seguir á Cristo sin palabras exteriores, el cual nace parte del amor y deseo de estar siempre con él, parte de ver el buen ejemplo de los que le siguen; especialmente cuando son nuestros amigos y conocidos, cuya conversion y mudanza de vida ayuda mucho á la nuestra. Y este modo tambien agrada á Cristo nuestro Señor, así como le agradó que san Juan le siguiese en este caso; y el mismo Señor, interiormente le llamó, y le traia, diciéndole en el corazon: Sígueme, aunque no se lo dijo con la boca.

(1) Núm. XXIII, 10.



3. Lo tercero, se ha de ponderar que aunque san Pedro con celo de amistad, porque amaba á san Juan, deseó saber lo que habia de ser de él, y si habia de morir muerte de cruz ó no: con todo eso Cristo nuestro Señor le respondió; porque este deseo iba mezclado con curiosidad demasiada, pretendiendo saber lo que no le tocaba, y lo que es oculto á solo Dios, cuando él no lo revela, y así le dijo: *Puesto caso que yo quiera se quede así Juan hasta la fin del mundo, cuando venga á juzgarle, ¿qué te va á ti? Sigüeme tú.* Que es decir: No pertenece á ti ese cuidado, sino á mí que le amo, y tengo providencia de todo lo que le toca: lo que á tí toca es seguirme del modo como te he dicho. En lo cual nos da tres avisos:—El primero, que no nos entrometamos curiosamente en saber lo que no nos toca, con ningun título aparente de amistad humana.—El segundo, que en tales casos dejemos á la Providencia divina el cuidado de lo que pertenece á nuestros deudos y amigos, fiándonos de que Dios mirará por ellos.—El tercero, que, dejados los cuidados ajenos, atendamos á lo que nos toca, que es seguir á Cristo en el modo de vida para que nos ha escogido, pues este cuidado basta para todo el hombre, y en este se suman todos, porque si yo tengo cuidado de seguir á Cristo, él le tendrá de mí, hasta llevarme consigo al eterno descanso de su gloria. Amen.

## MEDITACION XIV.

DE LA APARICION Á TODOS LOS DISCÍPULOS EN EL MONTE DE GALILEA, Y DE LAS COSAS QUE LES MANDÓ Y PROMESAS QUE LES HIZO.

PUNTO PRIMERO.—1. *Los once discípulos partiéronse á Galilea al monte que Jesús les habia señalado; y viéndole allí le adoraron, aunque algunos dudaron* (1). Aquí se ha de ponderar:—Lo primero, como los once Apóstoles partiéndose para Galilea por mandamiento de Cristo nuestro Señor, iban por el camino con grande gozo, con esperanzas de verle mas despacio, y por inspiracion del mismo Señor iban dando noticia de su resurreccion á todos los discípulos que estaban derramados por Galilea, de los cuales, como lo apunta san Pablo, se recogieron mas de quinientos (2), y subieron al monte señalado, que se cree fué el monte Tabor, esperando allí la visita de su Maestro. En lo cual se nos representa la caridad y celo de los Apóstoles en convocar á sus condiscípulos para que gozasen de esta

(1) Matth. xxviii, 16. — (2) I Cor. xv, 6.

dichosa vista, y tambien el fervor con que aquella multitud unida en caridad subió al monte, dándonos á entender, que si yo quiero ver á Cristo con la vista de la contemplacion, y conocer sus misterios con luz celestial, he de procurar subir al monte de la vida perfecta, y anhelar á la cumbre de la caridad y union fraterna, porque esto es lo que mas dispone para alcanzarla.

2. Lo segundo, ponderaré cuán liberalmente cumplió Cristo nuestro Señor la promesa que hizo á sus Apóstoles, de que se les mostraria en el monte de Galilea; y es de creer que les descubriria algo de su gloria y resplandor, como descubrió á los tres, delante de quien se transfiguró en aquel mismo monte. ¡Oh qué contentos y hartos quedaron aquellos santos varones, y cuán de buena gana dijeron aquellas palabras que dijo san Pedro en la transfiguracion: *Domine, bonum est nos hic esse*: Señor, bueno es quedarnos aquí contigo, si no es que otra cosa ordenes de nosotros. Todos los Apóstoles le adoraron y reconocieron por su Dios; y si algunos dudaron, fueron de los otros discípulos mas imperfectos que al principio tuvieron alguna duda, pero con su presencia se la quitó, llenando á todos de alegría.

PUNTO SEGUNDO.—1. *Acercándose á ellos Jesús, les dijo: Dada me es toda potestad en el cielo y en la tierra: id por todo el mundo, enseñad á todas las gentes, y predicad el Evangelio á toda criatura.* Aquí se ha de ponderar como Cristo nuestro Señor, por los méritos de su passion y muerte alcanzó, en cuanto hombre, toda la potestad en el cielo y en la tierra; porque aunque era suya en cuanto Dios, y por otros muchos títulos, se le debia por la union hipostática, y por ser cabeza de Ángeles y hombres: pero tambien quiso ganarla por su punta de lanza, y por esto dijo á sus discípulos: Ahora se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. La potestad en el cielo, es para abrir sus puertas, y admitir dentro de él á los hombres, distribuyéndoles las sillas celestiales, y para mandar á los Ángeles todo lo que quisiese en bien de sus escogidos. La potestad en la tierra, es para perdonar los pecados, trocar los corazones, y repartir sus gracias y dones espirituales con nosotros; y ambas cosas cumplió en subiendo al cielo, llevando consigo, como dice David, cautiva la cautividad de las almas justas, y repartiendo dones á los hombres. Gózome, Salvador mio, de vuestra soberana potestad; y doy muchas gracias al eterno Padre que os la dió, pues con tanta justicia la habeis ganado. Alégrate, ó alma mia, de tener tan poderoso Redentor, y no dudes de servir á quien puede hacer cuanto quisiere en el cielo y en la tierra. Ó Salvador mio, ¿qué tengo yo en el cielo? y fuera